

Amigo Acevedo:

Tengo hace tiempo un  
parafito holandés acerca de su "Sire-  
na en el Aulí" tan gustada. Perdona  
que no se lo hubiese enviado antes,  
y que no haya escrito sobre Ud.  
con la atención y extensión merecida.  
Muy pronto le escribiré por enviada  
un nuevo libro con algunos cambios.  
En el diario "La Hora" tengo una  
página literaria dominical y si Ud.  
me manda alguna vez noticias, recen-  
tos e información mexicana yo le que-  
daré muy agradecido.

Hasta luego.

Mariano Piñero Salas

Stgo. de Chile. Agosto 1935.

58

METAFORAS.

El libro fresco de un amigo mejicano — "Sirena en el Aula", de Antonio Acevedo Escobedo — me trae su fiesta de metáforas. Porque la literatura se torna tan seria, es bueno salir alguna vez — por higiene — al campo de lo

puramente poético e intrascendente. Las metáforas son las mariposas de la literatura (la imagen no es nueva, pero sigue siendo exacta). Acevedo caza sus metáforas agarrándose a cualquier detalle huidizo de nuestra mecanizada vida moderna (calle, feria, jazz). La época profanó todos los mitos: "Venus adviniendo de la espuma, exalta ahora las sublimidades de una marca de jabón; Nausicaa, la doncella de tierna voz y noble andar, deja intuir en su mejilla un émbolo que se descompone en juegos mecánicos, pues viene mascando goma". En vez de convidar a la amada a un parque otoñal, hay que acompañarla a la rueda o los carrouseles de Coney-Island: "Alguna vez, amiga mía, subiste sola a la rueda mientras yo quedaba esperando, lejos, al pie. Como en los vuelos transoceánicos, los guñíos alternados de los focos — inalámbrica del corazón — me

REVISTA DEL  
PACIFICO

informaban de las etapas de tu viaje circular. Erguí cuerpo y ojos y te miré en la cumbre. Claramente vi que en tu cabeza rubia se prendía una estrella, de aquellas auténticas que hace años tenía el cielo. Al descenso busqué ansioso en tus cabellos. Sólo recogieron mis dedos algunos sonidos que se cifieron a tu cuerpo". Acaso por en medio de la noche de los avisos luminosos, regresen a dormir el poeta y su sirena: "La noche es azul. Azul gloria. Si la mañana fuese verde nuestras vidas nadarian en un deileite perfecto".

Todos los hombres de este tiempo, amigo Acevedo, estamos soñando en esa *mañana verde*. Descomponer, superponer, asociar a lo cotidiano y mecánico el juego de lo fantástico, es cuanto puede la desvalida Poesía en nuestras urbes capitalistas. Es, como dice usted, la época terrible y reglamentada que metamorfoseó las sirenas en esas hadas malévolas — hadas del oficinista — que se llaman "*Jefaturas de Departamento*". Sobre ello, otro día, seguiremos hablando...

MARIANO PICON-SALAS

Revista del Pacifico. Stgo. de Chile  
Julio 1975. - N.º 2.